

El asunto Lisboa

J. N. O.

Image not found.

Capítulo 1

Un buen comienzo

Dolía, aún no sabía decir dónde, solo dolor. Mi cerebro parecía tener un tamaño superior a la cavidad del cráneo, palpitando por abrirse paso ante el hueso que lo contenía.

Tomé consciencia, comencé a analizar cada parte de mi cuerpo haciendo revisión de daños. Mejor ni mirar, estaba hecho una pena. Me alegró el intenso dolor del tobillo derecho, probablemente roto, que descartaba la posibilidad de tener la espalda partida en dos. Las palmas de las manos y las rodillas desolladas me ardían de escozor. Hubiera apostado por más de tres costillas fracturadas, me costaba respirar y cada inhalación era una punzada aguda en el pecho. Todo eso casi hizo que me olvidara del brazo, que se había salido de su sitio, me consolé pensando que un hombro dislocado era el menor de mis problemas en ese momento.

Finalmente me decidí a abrir los ojos.

La luz penetró mis pupilas como alfileres, impidiéndome ver nada momentáneamente. Mientras tanto, me percaté de que mi sentido del oído estaba totalmente inservible, aún no sabía si sería definitivo. Con las manos toqué el suelo y empecé a percibir mi entorno. Estaba boca arriba tendido en una superficie firme y plana, confirmando que me encontraba en algún lugar erigido por el hombre.

Recuperé la vista, pude descubrir que era de día y yacía bajo el sol, que parecía estar bastante alto. Debía ser cerca de mediodía. Me tranquilizó saber que no me había quedado sordo, un rumor comenzó a llegar a mis oídos, primero imperceptible y poco a poco más nítido y potente, eran sirenas de coches.

Extendido allí en el suelo recordé cómo había llegado a esa maltrecha situación. Me encontraba en Lisboa, había viajado desde Madrid esa misma mañana. No era la primera vez que visitaba la ciudad, era una localidad agradable, llena de luz y de una atmósfera bohemia que le otorgaban sus estrechas y empinadas calles empedradas y sus fachadas decoradas con cerámica portuguesa blanca y azul. Aunque no había venido de turismo, el trabajo siempre me permitía disfrutar de la gastronomía local, y en Lisboa era espectacular.

Pero esta vez la tarea se había complicado, lo que parecía una simple obtención de información, con su correspondiente y aburrido registro de evidencias, se había convertido en una *intervención*, que también traería consigo una más extensa y más aburrida documentación, si es que eso era posible. Y aunque las formalidades no fuesen ahora mismo un

problema demasiado importante para mí, sabía que me esperaban largas horas rellenando informes y contestando preguntas. A los jefes no les gustaban demasiado las *intervenciones* y son contadas las veces que las habíamos llevado a cabo, pero cuando sucedían eran impredecibles y costosas.

El objetivo se llamaba Alexander Sifakis, era de origen griego y estaba cerrando negocios con unos traficantes de armas en España con el fin de abastecer de suministros a un pequeño grupo terrorista local de extrema derecha en su país. Su aspecto era bastante normal, como el de cualquier adulto joven que roza la treintena, delgado, con ojos claros y una incipiente calvicie que hacía suponer que no llegaría a los cuarenta con pelo. Trataba de pasar desapercibido vistiendo ropa poco llamativa, pantalones vaqueros, zapatillas y sudadera o camisetas de colores neutros y sin grandes estampados.

El lunes a primera hora recibimos un informe de nuestra delegación en Grecia informando de las actividades que Alexander se disponía a realizar en España. Mi jefe me encargó el seguimiento del objetivo, así que durante el resto del día me dediqué a leer todos los informes de los que disponíamos relacionados con él y con sus contactos, preparándome para recibirlo en el aeropuerto de Barajas al día siguiente.

Después de seguirlo hasta su hotel en la Gran Vía madrileña, detecté que algo no estaba saliendo como había planeado el despiadado Alexander, que cada vez se encontraba más nervioso en su habitación. A través de una útil aplicación conectada a nuestros servidores era capaz de ver, escuchar y registrar en mi teléfono móvil lo que ocurría en la pantalla del suyo. Mientras, observaba la recepción del hotel tranquilamente desde una cafetería cercana.

El objetivo había recibido, mediante un servicio web de mensajería segura, envíos que le indicaban el traslado de la reunión a las nueve de la mañana del día siguiente en Lisboa, la dirección exacta sería comunicada una hora antes de la cita. Aquello no gustó mucho a Alexander que enseguida informó a sus contactos en Grecia y se puso a buscar en su móvil vuelos a Lisboa.

Por mi parte llamé a mi superior y le comuniqué el cambio de planes, autorizándome a continuar con el trabajo. Acto seguido solicité un vuelo a la capital portuguesa a primera hora de la mañana y un coche de alquiler preparado en el aeropuerto.

Tomé el avión directo de las seis y media de la mañana del miércoles, sabiendo que una hora más tarde aterrizaría mi objetivo. Cargaba con el equipo básico: ropa para varios días, una cámara réflex digital Nikon con

teleobjetivo, un ordenador portátil, un chaleco antibalas ligero y mi arma reglamentaria, una pistola semiautomática SIG Sauer P226, cuyo porte me obligaba a seguir el protocolo de seguridad del aeropuerto.

A las ocho y cuatro minutos Alexander recibió en su móvil la ubicación exacta de la reunión, nueve de la mañana en Rua do Norte, 66, primero izquierda. Me dirigí allí de inmediato para reconocer el terreno. Era una calle larga y estrecha del Barrio Alto de la ciudad, empedrada como todas las de la zona. Los edificios eran bajos y muchos estaban reformados, aunque no ocurría lo mismo con el número 66, la pintura de su fachada estaba desgastada y llena de grafitis. Me aseguré de que había una sola entrada y me sitúe a una distancia prudencial que me permitía ver la entrada sin estar demasiado cerca.

El objetivo se presentó puntual a la cita y pude tomar fotografías de su entrada en el malogrado edificio. Me coloqué los auriculares del móvil para poder escuchar lo que captaba el micrófono del teléfono del griego. Teniendo en cuenta las precauciones tomadas por los traficantes, supuse que aislarían los teléfonos antes de la reunión impidiéndome escuchar nada, pero menos perdía por intentarlo.

No me hizo falta prestar demasiada atención, a los pocos segundos de la llegada de Alexander se oyeron por todo el barrio dos fuertes petardos que provenían del inmueble que acechaba. Conocía perfectamente la clase de sonido emite un arma al ser disparada y podía asegurar que lo que había oído eran dos disparos de una nueve milímetros.

Me mantuve observando con la cámara preparada. Sabía bien que no debía actuar salvo que mi vida estuviese en peligro, para mis directores era un mero corresponsal de los asuntos más sórdidos que ocurren alrededor de los ciudadanos europeos a diario. Ellos leían mis informes y, cuando la información no podía llevarles a peces más grandes, procedían a través de los cuerpos de seguridad de los diferentes países.

Al momento salió del portal un hombre de mediana estatura vestido con ropa informal y la cabeza cubierta por un casco de moto negro con una visera oscurecida que ocultaba su rostro. Fotografié vanamente al sospechoso que dobló la esquina donde le aguardaba una motocicleta de gran cilindrada de la marca Ducati, reconocí inmediatamente el modelo por su característica parte trasera que le confería una atractiva y extraña forma recortada.

Di por hecho que el griego había pasado a mejor vida y no tenía nada que identificase al misterioso motorista que se marchaba de la escena. Si no hacía algo al respecto no habría información demasiado útil que aportar a mi informe, necesitaba algo más que me permitiera identificar a la

persona que había salido del edificio.

Por suerte un repartidor de correos hacía su ronda en ese momento muy cerca de mí, conducía una maltratada scooter urbana roja que apenas debía soportar el ajetreo diario de su trabajo. No lo pensé dos veces, me aproximé a él y le propiné un fuerte golpe con el cuerpo, haciéndole caer mientras me posicionaba a los mandos de su vehículo. Cuando el mensajero pudo reaccionar yo ya me encontraba en marcha siguiendo la dirección que había tomado mi nuevo objetivo.

Lo seguí a duras penas por las intrincadas calles del Barrio Alto. Los vehículos mal estacionados y los constantes cruces y cambios de dirección hacían que recuperase la distancia perdida en cada recta despejada que encontrábamos, en las que su excepcional máquina superaba ampliamente a la mía.

Al cabo de unos minutos nos encontrábamos en la Avenida da Liberdade, una de las principales arterias de la ciudad. Detenidos ante un disco rojo advertí que mi presencia empezaba a ser notoria para el motorista, que meneaba con frecuencia la cabeza para mirar por el espejo retrovisor de su vehículo.

Mientras especulaba sobre mi presencia revelada y, coincidiendo el cambio a verde de la luz del semáforo, el sospechoso con calmada rapidez llevó su mano a la chaqueta, agarró su arma y me encañonó.

Apenas tuve tiempo de escudarme en un coche contiguo. Disparó una vez errando el tiro y, sin más, arrancó su vehículo adentrándose en una amplia rotonda. Reaccioné rápidamente, pensé que un disparo no iba a detenerme, aceleré mi deslucida scooter y salí detrás.

La persecución no duró mucho, ya en marcha el motorista, vuelto sobre su cadera, volvió a disparar. En el mismo instante en el que la bala giraba longitudinalmente de manera vertiginosa emergiendo del cañón de su pistola, la rueda trasera de su Ducati perdía tracción sobre el firme haciendo caer de su montura al desgraciado tirador, que fue a parar irremediabilmente bajo las ruedas de un autobús urbano.

Tampoco yo salí bien parado, el último proyectil acertó en mi pecho precipitándome al asfalto y haciéndome quedar en el estado en el que me encontraba.

Las ambulancias cesaron su atronador aullido. Mi visión del sol fue nublada por la aparición de dos enfermeros que se intentaban comunicar conmigo en portugués que, aun siendo capaz de farfullarlo, me fue

imposible entender ni decir nada.

Dolía. No dejé de sentir dolor en ningún momento pero cada vez era más intenso e insoportable. Finalmente me desmayé, pero no sin antes sentirme afortunado, estaba vivo.

Capítulo 2

El descanso del guerrero

– Tienes suerte de estar entero, la próxima vez no olvides ponerte el casco cuando conduzcas – dijo el médico mientras miraba descuidado el reloj de su muñeca – has sufrido una conmoción cerebral, entre otras cosas – sacó del bolsillo de su bata blanca una pequeña linterna y apuntó directamente a mis ojos, primero uno y después el otro. – ¿Recuerdas lo que pasó? – preguntó al tiempo que observaba el movimiento de mis pupilas reaccionando a la luz.

– Sí, me caí de la moto en la rotonda del Marqués de Pombal... – respondí dudando de lo que tendría que narrarle a continuación.

– No es necesario que me cuentes más, sólo quería comprobar tu memoria, ya me han advertido tus compañeros de lo delicado del asunto – me interrumpió evitando tener que escuchar una historia improvisada. – Parece que está todo bien, te quedarás hoy en observación y mañana podrás irte.

– Respecto al..., impacto en el pecho – comentó el doctor evitando hacer ninguna mención sobre armas de fuego – el protector que vestías bajo la ropa hizo su trabajo – volvió a sortear el tema. – Tienes cinco costillas fisuradas y ningún órgano afectado, lo que es una buena noticia dadas las circunstancias – me alentó.

– Pues duelen como si fueran diez – bromeé.

– Tardarás un mes aproximadamente en sentirte bien, mientras deberás guardar reposo y tomar analgésicos si el dolor es muy molesto – respondió ignorando mi chiste. – Además has sufrido un esguince sin importancia en el tobillo, mantén el vendaje que te hemos puesto durante una semana y se recuperará – añadió saliendo de la habitación con aparente desinterés.

Me alegró el pronóstico que me había comunicado el especialista, aunque el fuerte daño que me provocaba el torso amoratado me hacía dudar de su opinión por momentos.

La habitación del hospital era todo lo agradable que le concedía su función; el sol se colaba vertical entre los paneles de los estores, iluminando las blancas paredes apenas decoradas por dos láminas con fotografías pretenciosas en blanco y negro. Lo mejor sin duda era que no tenía que compartirla con ningún otro paciente.

Mientras me lamentaba, el móvil vibró sobre la mesilla que había junto a la cama. Estirarme para cogerlo fue un suplicio extraordinario. Cuando conseguí alcanzarlo comprobé en la pantalla que la llamada provenía de Fernando Plaza, mi superior. Suspiré pensando en las ineludibles explicaciones que tenía por delante y descolgué.

– Hola Jorge – saludó – ¿cómo te encuentras?.

– Todo lo bien que se puede estar después de haber recibido un tiro y caerme de una moto en marcha – respondí irónico.

– Bueno, según la información oficial que han reconstruido los "limpiadores" – así llamábamos a los del *Área de Protección de la Información*, que se encargaban, entre otras cosas, de encubrir ante la opinión pública nuestras *intervenciones* – en realidad no ha sido más que un desgraciado accidente automovilístico en el que se han visto envueltos dos motociclistas.

– Los cardenales de mis costillas no dicen lo mismo, tengo para un mes – contesté. – ¿Qué pasó con el tipo de la Ducati?

– Me temo que ese no va a contarnos mucho, quedó hecho puré atropellado por un autobús – replicó anunciándome algo que ya imaginaba. – ¿Qué ocurrió exactamente para acabar a más de dos kilómetros de tu zona de vigilancia con dos fiambres y un disparo en el pecho? – inquirió abandonando las sutilezas previas.

Explicué minuciosamente todo lo ocurrido aquel día a Fernando, esperando en vano que se apiadase de mi convalecencia. Tras más de cuarenta minutos de aclaraciones por fin resolvió a dejarme tranquilo.

– Está bien Jorge, perdona por el interrogatorio, ya sabes que en estas cosas el tiempo es vital, aunque eso no te libre de tener que redactarlo todo y adjuntar las evidencias que hayas reunido – apuntilló para que no olvidase mis tareas pendientes. – Con esto no quiero decir que quiera verte mañana por aquí, descansa y recupérate, pero entre tanto, para que no te aburras demasiado, envíame el informe a lo largo de este mes – a mi jefe no le gustaba andarse por las ramas.

– De acuerdo Fernando, si no necesitas nada más, me quedo aquí disfrutando de la sanidad lusitana – me despedí sin mucho agrado.
